AÑO III — BARCELONA 18 DE FEBRERO DE 1884 — NÚM. 112

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

FLORES SILVESTRES

Ministerio de Cultura 2006

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—SILUETAS DE CARNAVAL, por don Benito Mas y Prat.—EL HOMBRE VERDE *(continuacion)*, por don F. Moreno Godino.—NOTAS DE MI VIAJE, por don José Gestoso y Perez.

GRABADOS.—FLORES SILVESTRES.—LA CATEDRAL DE COLONIA.—PRISION DE RATOCZI'S, cuadro por Julio Bencsur.—EL DIA TERRIBLE.—UNA CONGOJA, dibujo por C. Karger.—EL COMPOSITOR LECOCQ.—CACHORROS DE PANTERA DEL JARDIN ZOOLÓGICO DE DUSSELDORF CRIADOS POR UNA GATA.

NUESTROS GRABADOS

FLORES SILVESTRES

No son, ciertamente, las de invernáculo las flores más fragantes y pomposas. Entre las zarzas que cierran los caminos y entre las humildes verduras que se producen en los huertos, permite Dios que crezcan violetas de grato aroma, rosas de delicados colores, claveles de matizadas hojas, lirios del color de la pureza que aparecen sobre tallos del color de la esperanza.

Y de la misma suerte, crecen á menudo en el campo hermosas criaturas que, abandonadas á sí mismas, sin cultura, desgreñadas y apénas envueltas en miserables harapos, llaman la atencion por su belleza, que debe ser mucha cuando la inclemencia de los elementos no ha sido bastante para destruirla.

Véase, por vía de ejemplo, la niña de nuestro cuadro, y dígase si su inculta hermosura no es digna de compararse á la de las incultas flores de que ha hecho un inculto ramo. Hé aquí el verdadero realismo artístico: el autor ha tenido el buen talento de no hacer de esa preciosa criatura una pastorcilla á lo Florian; pero dentro de la verdad, de que nunca puede prescindir el que se propone reproducir á la naturaleza, ha encontrado la idealidad que es la aspiracion inseparable del arte. Esa flor silvestre, ese boton de rosa perdido entre bosques de trepadoras y plantas de alcachofa, puede sostener la competencia con la más donosa camelia que se deshoje en esos brillantes invernaderos que se llaman salones.

LA CATEDRAL DE COLONIA

Dice cierto autor que un buen monumento arquitectónico es una poesía petrificada. Aplicando esta bella imágen á la catedral de Colonia, podemos decir que esta obra colosal es el poema del arte cristiano. El sentimiento religioso, cuya forma más bella y filosófica es la arquitectura gótica, no ha producido, ni probablemente producirá, un ejemplar más grandioso, más armonioso, más elegante, más rico, en una palabra, más completo.

Debióse el proyecto al maestro Gerardo de Rile y puso la primera piedra el arzobispo Conrado de Hochstaden el dia 14 de agosto de 1248. ¡Quién le dijera al muy piadoso y muy católico prelado que la catedral tardaria más de seis siglos en terminarse y que cabria á un emperador protestante la gloria de colocar la última piedra en la basílica de que Conrado puso la primera!....

Es imposible describir el efecto que causa esta catedral, así exterior como interiormente. Las renombradas de Toledo y Burgos, la de Viena, la afiligranada de Estrasburgo, la célebre de Florencia, la riquísima de Milan, todas parecen desmedradas, digámoslo así, al compararse con ese modelo ojival, que parece concebido por un dios y ejecutado por una legion de titanes.

PRISION DE RATOCZI'S, cuadro por J. Bencsur

Francisco Ratoczi's II, duque de Hungría y de Transilvania, no podia asentir pasivamente á que los austriacos le despojasen de sus dominios, arrojándole con desden una especie de limosna que á su fiereza soberana le repugnaba aceptar de sus implacables enemigos. Resuelto á perder la vida ó á reconquistar sus estados, conspiró una y otra vez contra el Austria, y el primer tercio del siglo XVIII registró en sus anales las tristes aventuras del infortunado príncipe. Por su parte los austriacos no le daban punto de reposo, y á la pérdida de sus estados debió añadir el duque, en varias ocasiones, la pérdida, aún más sensible, de su libertad.

El cuadro de Bencsur representa el momento en que nuestro príncipe es reducido á prision, á tiempo de estar cuidando á su esposa, recien parida. Los soldados austriacos, sin compasion para con la enferma ni respeto para con la dama, penetran en la alcoba de esta, en gran número y armados, como pudieran lanzarse al asalto de una fortaleza. El duque les acoge con una mirada de soberano desprecio y resguarda el cuerpo de su esposa, cuyo semblante y actitud demuestran el temor de que se halla poseida.

Esta composicion está concebida con grandiosidad; el grupo principal es palpitante de interés, ejecutado con holgura y rico de expresion.

EL DIA TERRIBLE

Los árboles ya no tienen hojas: no hay para qué decir que los campos ya no tienen espigas. Todo parece haber muerto: la nieve es el inmenso sudario arrojado sobre el cadáver de la naturaleza.

¿Quién cuidará de las pobres avecillas, quién proveerá á las necesidades de esos débiles animales, tan alegres, tan bien alimentados durante las estaciones benignas?.... Dios es el Dios que á todo atiende; á las necesidades de los séres débiles proveerán otros débiles séres; los niños se compadecerán de los pájaros que tienen hambre, que tienen frio y que tambien son obra de Dios.

Esta composicion es agradable como todo aquello que, en correcta forma, describe un sentimiento puro, un acto de bondad, una manifestacion del ánimo inclinado al bien. Esas criaturas que compadecen á los pájaros, no dejarán de compadecer á los hombres. El autor del cuadro ha elevado un bello monumento á la caridad.

UNA CONGOJA, dibujo por C. Karger

No siempre son las alteraciones físicas las causas ocasionales de los desconciertos de la máquina humana. Con frecuencia las influencias morales obran directamente en nuestra manera de ser corporal; y, ó mucho nos engañamos, ó á este órden de causas obedece la congoja que aflige á la dama de nuestro grabado. Instintivamente lleva la mano al corazon: aquí, aquí es donde sin duda la duele.

Esto aparte, la composicion es bella: el desvanecimiento de la dama y la sorpresa de la anciana sirvienta se hallan bien expresadas, y sin saber porqué, se siente uno atraido hácia esa enferma del corazon que merece cuantas simpatías apetezca el autor para ella.

EL COMPOSITOR LECOCQ

Cárlos Lecocq es uno de los pocos músicos que ha tenido la envidiable suerte de que sus composiciones recorrieran en poco tiempo casi todos los teatros del mundo civilizado. Nacido en Paris en 1832, es hoy una celebridad más que europea: en todas partes se cantan sus festivas piezas musicales, en donde quiera se han hecho populares sus juguetonas y lindas operetas. Tan fecundo como original, reune á la frescura de sus melodías una notable habilidad de instrumentacion, y la variedad más graciosa y lozana en sus melódicos ritmos. Recientemente se ha estrenado en el teatro de las Novedades de Paris su última obra titulada *El Pájaro azul*, la cual ha alcanzado el más brillante éxito, y que seguramente estará destinada, como todas las anteriores, á representarse en los teatros de ambos continentes, añadiendo nuevos lauros y creciente popularidad á los conseguidos ya por tan estimable compositor.

Cachorros de pantera del Jardin zoológico de Dusseldorf criados por una gata

El Jardin zoológico de Dusseldorf puede vanagloriarse de haber obtenido muchos y notables resultados en la cría de animales de otros climas. Allí se ven jugar en los departamentos de fieras cachorros de leopardos, cuatro magníficos leoncillos de dos meses, y dos cachorros de pantera, todos ellos nacidos en el establecimiento, sin contar las crías ya regulares y periódicas de especies exóticas de ciervos, y un verdadero rebaño de bueyes almizclados.

Una pareja de panteras, el macho de la variedad negra, y la hembra de la especie comun amarilla, tuvo el año pasado dos hijuelos parecidos al padre, pero la madre los mató á poco de haber nacido. Este año han hecho otra cría que son los cachorros representados en nuestro grabado, y que nacieron despues de una gestacion aproximada de 3 meses. No se puede decir que vieron la luz al nacer, porque el uno abrió los ojos al cuarto dia y el otro al octavo, pero apénas nacidos se los separó de la madre, entregándolos á dos robustas gatas domésticas, que se muestran bastante cariñosas con sus hijos adoptivos; otro gato doméstico les sirve de compañero en sus juegos *infantiles* no siempre agradables.

Estos dos cachorros son de color gris negruzco que va cambiando cada dia más en gris y amarillento, de modo que se parecerán á la madre.

SILUETAS DE CARNAVAL

I

El primer antifaz conocido en la historia del hombre es la hoja de parra, el primer disfraz el de serpiente.

Adan y Eva conocieron el Carnaval en el Paraíso: en esto no cabe la menor duda, si hojeamos el Génesis con la paciencia y la reflexion propias de tan peliagudo asunto.

Para probar este sencillísimo aserto, bastará recordar que el Eden no era otra cosa que un precioso jardin bordado de naturales pabellones, y en el que las lianas y las campánulas servian de colgaduras y bambalinas. Iluminábanlo estrellas brilladoras en vez de farolillos venecianos, y tenia por incansable orquesta las aves canoras que habian de repartirse más tarde por toda la redondez de la tierra.

Habremos de confesar, que áun cuando todo parecia dispuesto, en lugar tan apacible, para la eterna contradanza del amor, no habia pasado por la imaginacion de nuestros padres el que abriera la temporada el mal espíritu disfrazado de serpiente; pero éste, que tenia la intuicion de que las hijas de Eva habian de proporcionarle ratos deliciosos si conseguia vestirlas de máscaras, quiso dar á nuestra madre el primer ejemplo y ocultándose en brillante piel y asomando su careta verde y viscosa por entre las trepadoras flores que abrazaban el árbol de la Ciencia, le dijo en alta voz y enseñándole los dientes:—¡Eva, hermosa Eva! ¿me conoces?

Frase sacramental fué esta, supuesto que se repite todavía, y á ella va unida no sólo la causa de nuestras fiestas de Carnestolendas, sino tambien el fundamento de nuestra moderna filosofía. Si Eva no conoció el mal espíritu que se recataba en la serpiente, fué porque aún no habia probado la fruta, porque aún no habia nacido la escuela socrática, porque no se habia conocido á sí misma.

Debió, pues, contestarle:—¡Máscara, no te conozco!—porque, con este motivo, el espíritu disfrazado entabló con ella uno de esos diálogos que en los salones públicos acaban en el restaurant, y que, en el Paraíso, terminó con una frugal merienda de manzanas que se indigestaron á la humanidad, por permision divina.

Adan, que por lo visto no habia comprendido que pudiera tomar billete en tan encantado lugar un intruso de tan mala intencion como el Satanás de la leyenda bíblica, buscaba á su cara costilla por los bosquecillos de naranjos y limoneros, y ¡cuál no seria su sorpresa al hallar á Eva, próxima á disfrazarse en union de su infernal pareja!

—¡Hola! ¿qué es eso?—debió decir con voz natural y clara al comprender que la hermosa Eva le ganaba por la mano.—¿Me vas á abandonar dejándome en beatitud eterna, pero privado de tu hermoso palmito? ¡No en mis dias; yo te seguiré por todos los senderos de la tierra!

Y dicho y hecho, probó de la fruta prohibida y buscó su correspondiente careta.

Un prado de amapolas, que muy cerca del rio del placer se parecia, prestóles su encendido colorete y les proporcionó un antifaz de pudor, que aunque insuficiente para cubrir sus cuerpos, transformó como por encanto sus mejillas.

Rióse, de verlos tan mal disfrazados, el diablo, que llevaba, como he dicho, un verde capuchon de escamas que le cubria desde la cabeza hasta el rabo; y ellos hubieron de reirse tambien, al pasar cabe el delator espejo de una laguna. Lo propio ocurrió á aquellos cortesanos que asistieron al baile *sin trajes* dado en los buenos tiempos de Roma por la impúdica Mesalina, y algo de esta primitiva carcajada suele resonar en nuestros bailes modernos, en los que sólo queda, del disfraz completo de la serpiente del Paraíso, la cola de las damas y las escamas de los concurrentes.

Era preciso completar el traje y como en aquellos benditos tiempos no habia modistas ni almacenes de confeccion, fué preciso recurrir á los de época que colgaban graciosamente de las parras y de las higueras paradisiacas. Las formas de nácar de nuestra madre quedaron veladas por un elegante *deshabillé* que consistia en el manto de oro de sus cabellos y en la falda de hojas naturales que tratan hoy de resucitar nuestras modistas; el atlético pecho de Adan cubrióse con la sedosa barba y sus robustos lomos con el mandil vegetal, que luégo ampliaron y completaron sus hijos obligados por las terribles palabras: «*in sudore vultus tui vesceris pane.*» Aun al mismo Hacedor costó trabajo reconocerlos, supuesto que llamó á Adan por su nombre y le preguntó qué habia hecho de su inocencia. Desde aquel momento, tambien, quedaron velados para el primer hombre los encantos y las intenciones de su compañera de infortunio.

A contar desde este punto, Eva, que procuraba aparecer más bella y encantadora de lo que en realidad era, aprendió el arte de cambiar de vestido como su maestra la serpiente, y puso para ello á contribucion árboles, plantas y flores. Es decir, se disfrazó de cien maneras distintas.

Algunos lectores, sutiles y amigos de analizar la expresion de mis pensamientos, me dirán, con razon seguramente, que Eva no tenia necesidad de disfrazarse, toda vez que hallándose sola con Adan, no habia de verse en el caso de las Evas de nuestro tiempo. Esto sólo tiene una explicacion lógica: debe recordarse que ya entre este matrimonio modelo andaba poniendo asechanzas la serpiente.

El ejemplo fué contagioso; aún hoy existen muchas Evas, que permiten que las conozcan todos los hombres, ménos aquellos con quienes comieron la primer manzana.

Que estos primitivos disfraces dejaron ancho rastro en la tierra, es cosa conocida y probada suficientemente.

Los hebreos, guardadores de la tradicion del Génesis, se dieron, más de una vez, á las locuras del disfraz, é iniciaron aquellos banquetes que no pudieron llamarse, por cierto, de carnes-tolendas. Los griegos fueron en esto de los disfraces tan consecuentes que cubrieron sus rostros con la hoja de parra de nuestros padres. Durante las vendimias dedicábanse á los mayores excesos con la cara pintarrajada ó cubierta de antifaces, y apuraban las henchidas ánforas danzando al són del crótalo ó de las dobles flautas que soplaban hermosas aulátridas.

Sabida es la gran importancia que la máscara llegó á adquirir en la antigüedad y no hay riesgo en asegurar que ella fué la precursora de nuestro teatro enseñoreándose de la carreta de Tespis y de los teatros griegos.

No parece sino que desde la infancia del mundo sintieron los hombres la necesidad de velar lo que son ó lo que creen ser, ora tras un trozo de carton, ora tras las distinciones acomodaticias que mutuamente les diferencian.

La hoja de parra, el mandil, el quiton, el manto de púrpura, el frac, la levita: disfraces que cubren al hombre todo carne y todo vanidad, dándole, ya en lo antiguo ya en lo moderno, algo que se asimile, por su propia voluntad ó por voluntad ajena: jirones que caen sin el menor valor real, cuando se cumplen sus dias y viene á desnudarlo la muerte.

Antes de morir, el gran Saladino, emperador de los Turcos, mandó pasear su mortaja por las calles de Damasco precedida de un voceador ó heraldo que repetia al són de destemplados instrumentos:—¡Ved lo que resta de la magnificencia del gran Saladino! En efecto, restaron unos cuantos harapos cogidos con broches de diamantes y manchados de sangre y cieno.

Hoy vemos en nuestros bailes de máscaras á Almanzor y á Barbaroja y somos muy capaces de mesarles las barbas. Aquellos disfraces los dejó el tiempo sumidos para siempre en la gran ropavejería del pasado, como dejará otros muchos que brillan ostentosos sobre los hombros mortales de sus dueños.

(c) Ministerio de Cultura 2006

II

Pero, noto que me estoy disfrazando de filósofo y moralista, y como podria acontecerme como á aquel millonario que dejaba siempre el portamoneda sobre la dama de noche, para que pagaran los amigos, vuelvo sin vacilar á mi tema, asegurando que no tengo la mision de arreglar el mundo ni de arrancar á la humanidad su tradicional careta.

Nuestro romancero morisco nos recuerda que los árabes, que hallaron acaso establecida en España la costumbre de los carnavales ó fiestas de máscaras, hubieron de aceptarlas al cabo, áun cuando nunca les dieron la preferencia.

Los juegos antiquísimos, que se conservan en las campiñas andaluzas, traen á la memoria la saturnal greco-romana, que encarnó de tal modo entre nosotros, que no pudieron extirparla del todo ni las puras costumbres góticas ni las dominaciones muslímicas. Aquí, como en todo el occidente de Europa, hemos mostrado siempre gran aficion á taparnos la cara.

Dejando aparte los libres divertimientos de la Edad media que trajeron las prohibiciones de 1523, y pasando por alto aquellas mascaradas de Italia que procuramos copiar alguna vez con ménos fortuna, nos hallamos en la época de la más refinada galantería cortesana.

Luis XIV de Francia y Felipe IV de España son los soberanos que desde el Renacimiento acá prestaron más decidida proteccion al disfraz y á la máscara.

No por esto lograron llevar á la tumba sus rostrillos de terciopelo, y conocemos sus flaquezas, que nos hacen sonreir maliciosamente cuando los vemos destacarse en notables lienzos ó levantarse sobre elevados pedestales.

Tras del grave y altivo semblante del primero, asoman las picarescas cabezas de Mme. de Montespan y de sus otras favoritas; tras del capotillo del segundo hace muecas y contorsiones una cohorte de cómicos y literatos. Si al de Francia nos referimos, hay que pensar en aquellas ostentosas fiestas en las que el célebre jardinero Le Nôtre cuidaba de preparar los pabellones de jazmines y madreselvas, cubiertos de tal modo, que eran como trampas de lindas raposas escalonadas en un Paraíso de luz y de flores; si del segundo hablamos, vendrán á nuestra memoria las noches del Retiro y la plaza monstruo construida en 1637, con sus 488 fuertes y sus 7,000 luces, que apénas podia contener las revoltosas mascaradas.

Sin embargo, al que corresponde el honor de haber organizado tan preciados regocijos públicos es á nuestro buen rey Cárlos III. Este monarca, que sabia dónde le apretaba el zapato, levantó el anatema, que de cierto modo pesaba sobre el Carnaval desde el tiempo de Felipe V, y permitió que el dios Momo con su corte de ninfas juguetonas penetrase en nuestros corrales de comedias.

Aquí comienza á diseñarse la era moderna del Carnaval en España. Fernando VII quiso en vano circunscribirlo al reducido espacio del hogar doméstico: todo fué en vano; la ola carnavalesca volvió á levantarse con la regencia de María Cristina y preparó el reinado de Capellanes.

Estábamos en pleno siglo XIX.

Y hé aquí que ya podemos tomar del natural alguno de esos cuadros que palpitan en nuestros dias.

Desde el harapiento disfraz que se confecciona en la casa de vecindad, hasta el brillante traje de época que ha de servir en los aristocráticos salones, hay un abismo que llena imaginariamente el vino y la alegría.

Por nuestras calles y plazas, pulula el hijo del pueblo, que envuelto en un raido redingot, y calzadas las espuelas de algun sargento de caballería cuando se lo permiten los bandos de buen gobierno, se cree un Napoleon Bonaparte ó un príncipe ruso. Colgada de su brazo va su esposa ó su querida, arrastrando la cola sembrada de estrellas de talco y llevando sobre la cabeza una diadema de papel dorado.

El estruendo de la murga callejera que se situó por casualidad á la puerta de su morada, prepara su salida triunfal del mezquino tugurio ó su ruidosa entrada en la taberna. ¡Adios penas del dia de trabajo! ¡adios sombras de la pobreza que quedan tras ellos, plegándose en los ángulos desconchados de la buhardilla, donde está sin colcha ni sábana su jergon de paja!

El potentado, que se reclina en su carruaje, les es familiar, porque creen que se disfraza como ellos: ¡quién rayará más alto aquel dia, remedo de las antiguas saturnales, en que pueden hablar *de tú* á todos aquellos caballeros y dirigir atrevidas miradas á aquellas damas, que huyen frecuentemente de la mugre de sus chaquetas!

Una máscara no se sabe quién puede ser, y si, como dice el refran popular, bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor, bajo un mal disfraz no siempre se oculta un pobre obrero. Hé aquí porqué la máscara callejera os dirige un profundo saludo con su tricornio pegado con migajon de pan, y os pregunta si la conoceis. Es claro: ¡apénas hay en los cuentos de vieja, príncipes y generales disfrazados como ella!

Sin embargo, las más de las veces, la máscara de la plaza pública sufre dura pena por entregarse á estos espejismos de carnestolendas.

Recuerdo que me hallaba cierta tarde de Carnaval en la Plaza Nueva de Sevilla, donde es costumbre escalonar los carruajes de lujo alrededor de los asientos y bajo las palmeras que la adornan. Las hermosas del gran mundo ostentaban allí sus gracias y sus diamantes: los diablejos, los mascarones, los engendros del tugurio, en fin, contemplaban con ávidos ojos aquella pléyade aristocrática y creian ver el cielo abierto.

—¡Mira cómo me miran!—decia á su acompañante un pobre Rigoletto haraposo, que se habia detenido extático, ante una soberbia carretela.

Le miraban, es verdad; tras de sus hombros se asomaba la perfumada mollera de un gomoso que hacia atalaya del colosal sombrero del arlequin para lanzar sus flechas, á mansalva, á una beldad arrogante y ostentosa.

En tanto, el arlequin temblaba de placer bajo sus trapos, creyendo haber fijado la atencion de aquel prodigio de carne y piedras preciosas, y hacia resonar cándidamente sus cascabeles.

Ascendamos en la escala. ¿Quién no baila en los presentes tiempos? Las semillas de Mabille, traidas á España por los vientos traspirenáicos, han fructificado prodigiosamente. Figuraos que nos hallamos en el teatro de la Alhambra de Madrid y que llenan el *clásico* recinto los aires populares de Bocaccio.

¡Qué multitud de hombres y de mujeres! ¡qué turbion de murmullos y de notas! Aquel movimiento arrastra, aquellas carcajadas aturden, aquellas luces ciegan, aquella atmósfera oprime, desvanece y sofoca.

Durante las primeras horas de la noche todo es bello y encantador; los rostros se ocultan bajo las caretas y las formas se pierden en los pliegues de los capuchones; la copa llena deja ver, al través del cristal, algo voluptuoso como el placer que pasa, y las insinuantes voces del walz os hacen buscar ávidamente un talle esbelto y una mano pequeña.

¡Guardaos de ese talle y de esa mano al rayar el dia!

No ocurre lo propio en los salones del gran mundo.

La careta está proscrita y sólo suele llevarse sobre el corazon como los ramos de flores. Un baile de trajes es un sueño retrospectivo que se desvanece casi siempre al amanecer sin dejar la menor huella.

Yo recuerdo una de estas fiestas deliciosas, durante la cual pasaron á mi lado, arrastrando sedas y terciopelos y deslumbrándome con sus galas y sus brillantes, desde Semíramis hasta María Stuart, desde Desdémona hasta Floraia la ramilletera.

Mis aficiones clásicas lleváronme á pedir un rigodon á cierta Elena, cuyo Menelao bailaba entusiasmado con una Lucrecia Borgia deliciosa, y que por esta causa nos dejaba charlar tranquilamente.

Vagando por aquellos encantadores salones en que la moda y la riqueza habian reunido cuanto puede soñar el deseo, teniendo al lado una mujer que sólo vivia, al parecer, en la memoria de los escasos helenistas de Europa, nada tenia de extraño el que olvidase mi traje de sacerdote de Júpiter y creyéndome un Páris le jurase que la amaba.

¿Qué es lo que pasó entre los dos? Jamás he podido explicármelo: ella fué mi consecuente pareja, hízome tan sólo dos veces *vis à vis*, y yo creí neciamente que aquel desdichado amor podria dar asunto á otra *Iliada*.

Pero rayó el dia, bailóse el postrer rigodon y Menelao se despidió de mí tomando el brazo de Elena para volver á su palacio. Cuando la volví á ver y quise recordarle nuestros coloquios del baile de trajes, me dijo con encantadora sencillez, haciendo resonar el varillaje de concha y plata de su abanico:

—¡Amigo mio, la Elena á que V. se refiere murió poco despues de la toma de Troya en los brazos de su esposo, aunque no sé si lo consignó así Homero!

Sevilla 1884

BENITO MAS Y PRAT

EL HOMBRE VERDE

(Continuacion)

—Echarás esa paja á la parte de afuera, por esas ventanas.

—La echaré, señor.

—Pues hasta luégo, y ¡acuérdate!

—Me acordaré, señor.

El hombre verde se alejó. El jóven examinó la cuadra que tenia dos grandes ventanas bajas que daban al campo y en las que no habia ni maderas ni cristales. Como la pieza no era de grandes dimensiones, ni la paja mucha, supuso que le sobraria tiempo para hacer su tarea.

Tomó una pala y empezó á arrojar la paja por una de las ventanas; pero ¡cuál fué su asombro cuando notó que por cada paletada que echaba al exterior, entraban tres por lo ménos por la otra ventana!

Suspendió su faena sobresaltado, y al mirar hácia todas partes como buscando la explicacion del enigma, vió una de las más lindas figuras de mujer que pueden presentarse á un muchacho de diez y siete años, que le miraba por una gran claraboya practicada en la pared. Tenia la hermosa un par de ojos que parecian las estrellas Vénus y Sirio vestidas de luto, la frente nevada y un torrente de cabellos negros que la caian á lo largo de las mejillas.

Y lo más particular es que Currito se decia:

—Yo he visto esta cara y no me acuerdo dónde.

La encantadora vision desapareció y entónces el jóven, recordando las cabezas clavadas en los garfios, se puso de nuevo á trabajar; pero en balde, porque la maldita paja que salia por una ventana, entraba con creces por la otra. Era aquello una especie de tonel de las Danaides.

El pobre muchacho comprendió que se afanaba inútilmente, y como buen español y buen andaluz, se puso *á cantarse* y *á bailarse* al estilo de su tierra, dando las palmaditas que el caso requeria; y entregado estaba á esta diversion, cuando se abrió la puerta de la cuadra y ¿quién dirán ustedes que se presentó? pues ni más ni ménos que la linda criatura que anteriormente le miraba, y que sonriendo graciosamente le dijo:

—¡Pues tiene V. buen modo de trabajar!

—¡Válgame Dios, señorita!—replicó Currito,—¿quién piensa en nada habiendo visto á V.?

—¿De dónde ha venido V.?

—¿Que de dónde he venido? ¡Pues ahí es nada! de España, de la propia España.

—¿Y dónde está eso?

—Pues en el mapa, carita de rosa; pero yo soy de Andalucía, que está junto al cielo.

—¡Andalucía! ¡Andalucía!—murmuró la incógnita como queriendo recordar.

—Un país en que hay un vino de oro líquido y unas naranjas tan grandes como la cabeza del amo de este castillo.

—Me gustaria ir allá,—dijo la hermosa recitando, aunque con una ligera variante, un verso de Camprodon,—pero si permanezco aquí más tiempo, seré causa de que le castiguen á V. Vamos á almorzar.

—Con mil amores.

—Siento mucho que esté V. tan poco adelantado en su trabajo. Temo por su cabeza.

—Si la cuelgan en el garfio, hágame el favor ¡cachito de cielo! de volverla hácia el lado de la claraboya, en donde ántes he visto á V.

—Está bien, venga V.

—Al fin del mundo ¡requetebonita!

Currito la siguió al comedor, se sentó á la mesa, y cuando quiso recordar, se encontró solo. Esto le contrarió, pero sin quitarle por completo el apetito; así es que hizo honor á media docena de chuletas que sin duda estaban destinadas á él.

Restauradas sus fuerzas con el almuerzo y recordando siempre los garfios y las cabezas, volvió á la cuadra y se puso á trabajar, pero tambien sin resultado: la paja continuaba saliendo y entrando por las ventanas.

El sol declinaba ya del zénit y Currito pensó con espanto que se iba acercando la hora del regreso del castellano.

En este conflicto determinó poner piés en polvorosa.

V

Al llegar al patio del castillo, se encontró de manos á boca con el perro ratonero, que al verle salió de un chiribitil de madera, y le dijo:

—¿A dónde va V.?

—Me largo.

—Pero ¡insensato! ¿á dónde? ¿A morir de hambre, de sed y de calor?

—¿No me *engarfiarán*?

—No, porque ese verbo no es castellano; pero le atraparán á V. y le empalarán.

—¿Y qué hacer?

—¿Quiere creer á un amigo?

—¡Amigo!—murmuró Currito un tanto humillado.

—Vuelva á la faena, procure hacer lo que le han mandado y dé largas al tiempo.

A pesar de este consejo, el jóven quiso salir del castillo, pero todas las puertas estaban cerradas. Volvió á la cuadra y se encaramó á una ventana para saltar, mas desistió de su propósito, porque vió un foso y al lado una empalizada que cerraban el paso.

Intentó otra vez arrojar la paja, pero en balde.

Entónces se sentó en el suelo en un rincon y se puso á pensar en su madre y en la bella desconocida. Aquello debió ser un conjuro inconsciente, porque ésta se presentó á los pocos momentos más hermosa, si cabe, porque traia las mangas levantadas, enseñando unos brazos ebúrneos.

—Poco ha trabajado V., dijo.

—Señorita, yo no puedo hinchar perros.

—Deme V. la pala.

—¡Cómo! ¿Va V.?...

—Sí.

—¡Cá! eso no puede ser. ¿Pues qué, el hijo de mi madre ha de consentir que manejen tan rudo utensilio esas manecitas que parecen dos copos de nieve?

—Déjeme hacer,—replicó ella,—encantada de esta galantería de Currito.

—Por mi salud que no.

—Deme V. la pala, en seguida se la devuelvo.

El jóven, que era galante, no pudo oponerse á este capricho. Alargóle la pala, ella la tomó, describió tres círculos en el aire y se la devolvió á Currito.

—Trabaje V. con fe.

Él se puso á trabajar junto á una ventana, miéntras que ella en la otra, extendió los brazos hácia fuera: ¡coqueta! bien sabia que los tenia blancos y torneados.

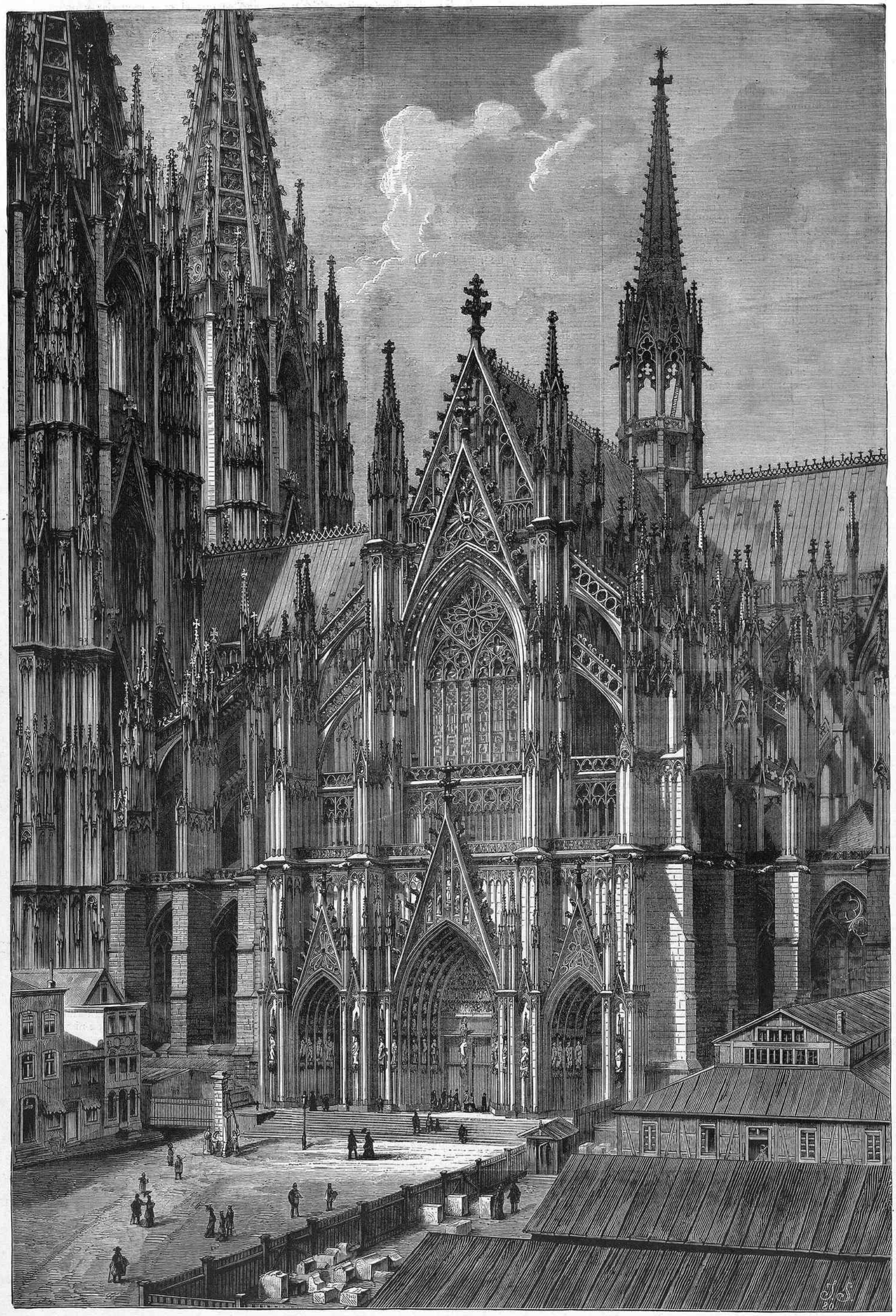
El jóven lanzó un grito de júbilo, porque la paja no entraba ya por la ventana; así es que en ménos de una hora quedó la cuadra limpia de polvo y paja.

Acabada la tarea, fué á dejar la pala en un rincon y cuando se volvió ¡oh, desgracia! la buena moza habia desaparecido.

—¡Qué lástima!—exclamó—la hubiera dado cuarenta besos.

En esto se oyó una campana que anunciaba la hora de comer, y Currito se trasladó al comedor con un apetito feroz. Se sentó solo á la mesa, llena de muchos y buenos manjares, y cuando estaba en los postres, se presentó el hombre verde, todo cubierto de polvo.

(c) Ministerio de Cultura 2006



LA CATEDRAL DE COLONIA

(c) Ministerio de Cultura 2006

PRISION DE RATOCZI'S cuadro por Julio Bencsur

(c) Ministerio de Cultura 2006

—¿Qué tal, muchacho?—dijo—¿has terminado tu tarea?

—Señor, ¿está limpio este mantel?

—Ya lo creo.

—Pues más limpia ha quedado la cuadra.

El castellano hizo un gesto de contrariedad.

El jóven se levantó de la mesa y se puso á pasear por el comedor, cantando la siguiente soledad:

Me estás poniendo con maña
Las piedras por los caminos
Para que tropiece y caiga.

—Basta de cante—exclamó el hombre verde;—oye y entérate de la tarea de mañana.

—Diga usía, señor.

—Tengo una yegua salvaje que se ha escapado y nadie la puede coger. Mañana la buscarás por todos mis dominios y la traerás á la cuadra que hoy has limpiado.

—Bien, señor, haré lo posible.

—Es que si no, te aguarda el garfio que ya conoces.

VI

Al dia siguiente, Currito, llevando una cabezada en la mano, salió al campo en busca de la yegua, y no tardó en verla paciendo la hierba de un prado.

—Alazana tostada con cabos blancos,—dijo el jóven;—ésta debe ser.

Y se dirigió hácia ella ocultando la brida y enseñándola el sombrero lleno de avena. La yegua le dejó acercarse, y cuando iba á echarla mano, dió un bote de carnero y se alejó de una carrera. Currito, que no la perdia de vista, la siguió por praderas y vericuetos; pero el maldito animal, si bien no se separaba mucho, tampoco se dejaba coger.

Currito fatigado se habia sentado en una peña cuando vió venir á la bella desconocida que le avisaba para almorzar, pero ¡con qué pasito venia, cielo santo! Sin apénas desflorar la hierba con sus piececitos.

—Me temo, Currito,—le dijo,—que la faena de hoy sea aún más difícil que la de ayer.

—¿Qué importa con tal de que yo vea esos *clisos* y esos *pinreles*?—replicó Currito requebrándola en caló.—¿Cómo se llama V.?

—Lindalina.

—Parece un nombre de cristal; ¡viva la gracia del nombre y de la persona que lo lleva!

—Piense V. en cosas sérias.

—No pienso más que en ese cuerpecito. Sé que á la corta ó á la larga me han de cortar la cabeza.

—¿Quién sabe? Por lo pronto le aconsejo que almuerce y no se moleste en perseguir á la yegua: es punto ménos que imposible....

—Usted cree.... ¿Y si usted me ayudara?

—¿Yo?

—Esto es sin extorsion alguna, sin que se descomponga ni uno solo de esos cabellos de seda.

—Ya veremos—dijo la hermosa con maligna sonrisa;—almuerce V. y vuelva á este sitio.

Hízolo así Currito, y despues no se ocupó en alcanzar al animal salvaje. Entretuvo el tiempo paseando y cantando hasta que vió venir á Lindalina.

La saludó quitándose el sombrero, y ella le dijo:

—No quiero prolongar su incertidumbre de V., porque no obstante su buen humor, he notado que de vez en cuando mira V. con inquietud hácia el castillo.

—Es cierto, señorita, aquel maldito garfio me escarabajea.

—Pues bien, voy á ver si puedo ayudar á V.

Sacó del bolsillo un silbato de marfil, y así que hubo silbado tres veces, la yegua cerril vino á escape y se paró á su lado. Ella la asió de la crin y la puso la cabezada que Currito llevaba á prevencion.

—Ahora no tenga V. cuidado, este animal le seguirá como un cordero.

—Y yo, si pudiera, seguiria el camino del cielo para coger todas las estrellitas y ponérselas á V. por pendientes.

Ella se alejó sonriendo de aquel extraño ofrecimiento, que no tomó por lo serio: ¡como no habia estado en Andalucía!

Llevó la yegua á la cuadra, y el alegre jóven se sentó á comer muy satisfecho. Poco despues oyó cuernos de caza, ladridos de perros, y en seguida se presentó el hombre verde, el cual, apénas hubo bebido un vaso de vino, le dijo á quemaropa:

—¿Y la yegua?

—En la cuadra, señor, comiéndose un pienso que daria envidia á cualquiera cristiano.

El castellano hizo una mueca de disgusto. El tunante tenia antojo por la cabeza de Currito, pero, como ya sabemos, estaba sometido á un encanto que le obligaba á ser formal en sus tratos.

—Está bien, muchacho—dijo disimulando su contrariedad;—veo que eres inteligente y laborioso, pero el trabajo de mañana es de padre y señor mio....

—Para los tontos, señor,—interrumpió Currito con fatuidad.

—Pues bueno, mañana tienes que ir á coger un nido de oropéndolas que está en la más alta rama de un haya que crece en medio de la isla que habrás visto á media legua de aquí.

—La he visto, é iré.

—No encontrarás barco, ni trasporte alguno, y como no sabes nadar....

—Ya me ingeniaré.

—Tienes que traerme todos los huevos del nido, que son quince, y si rompes siquiera uno....

—Me cuelga usía del garfio; ¡vaya una novedad!

—¡No, bribon!—exclamó el hombre verde sin poderse contener;—no te colgaré; te haré asar hasta que estés medio muerto y comeré de tu carne. ¡A acostarse!

Currito se marchó cantando la consabida soledad de...

Me estás poniendo con maña ..

VII

Poco despues de romper el dia, el jóven rondaba por los alrededores del lago, buscando inútilmente un medio ó un sitio poco profundo para pasar á la isla; pero hubiera sido más fácil atravesar á pié enjuto un océano. Andaba, pues, en derredor de aquella agua enemiga como las sombras infernales por las orillas de la laguna Estigia. Primeramente soportó esta contrariedad con resignacion, porque esperaba, con algun fundamento, el socorro de Lindalina; pero ésta no venia y las horas se pasaban.

Currito se iba sobresaltando.

Por fin distinguió á lo léjos un bulto que se movia.

—Ya está aquí,—pensó exhalando un suspiro de satisfaccion.

Pero ¡oh sorpresa! ¡oh desencanto! ¿Saben Vds. quién venia? pues el mismísimo perro de la pipa.

—¡El mastin!—murmuró el jóven consternado.

—¡Salud y prosperidad!—dijo el ratonero saludando;—venga V. á almorzar, ya es hora.

—¿Almorzar? Cuando no doy un perro chico por mi cabeza.

—Nunca ha valido tanto.

—¡Cuidadito, mastin!

—¿Está V. loco? haga lo que le manden y calle.

—La verdad es que no debo crearme enemigos,—pensó Currito.—Donde ménos se piensa salta un perro.—Y dulcificando la voz, repuso:—Perdone mi vivacidad, señor ratonero; pero hágase cargo, me han amenazado con ser asado vivo.... ya ve V....

—Tenga ánimo, no le faltan amigos y el dia no se ha acabado;—y al decir estas palabras sacó la pipa del bolsillo de la americana y se puso á fumar; pues hay que advertir que no necesitaba cargarla ni encenderla.

El jóven, reanimado con las palabras del perro, y para más predisponerle á su favor, buscó una frase agradable.

—Es preciso convenir—le dijo—en que es V. un gran fumador de pipa.

—Sigo la moda: todos los elegantes la fumamos.

Currito sintió deseos de darle un puntapié, pero se contuvo.

Cuando iban á entrar en el castillo, dijo:

—Amiguito, ¿no podria V. ayudarme á buscar ese maldito nido?

—Yo no soy perro de aguas,—respondió el ratonero con gravedad.

Cuando despues de almorzar, Currito volvió á la orilla del lago, sintió un estremecimiento de alegría. Lindalina estaba allí con un sombrero de paja de Florencia y una sombrilla china.

—Oiga V.,—dijo la hermosa con trémulo acento;—me espian, los momentos son preciosos, si nos ven juntos estamos perdidos.

—¡Que me pierda yo cincuenta veces ántes que ser causa del más mínimo disgusto que pueda nublar esos luceritos! Oiga V., bonita, probablemente mañana harán en el castillo chuletas con mi carne; la suplico que tome siquiera un pedacito.

—No diga majaderías. Tenga valor y déjese guiar por mí,—y diciendo estas palabras sacó del bolsillo una varita blanca, la puso en direccion del lago é instantáneamente se abrió un sendero verde en medio del agua azul.—Ahora—repuso volviendo la espalda á Currito y agachándose,—tome V. esos dedos de mis piés y con ellos podrá agarrarse para subir al árbol; pero tenga cuidado de no per-

EL DIA TERRIBLE, cuadro por H. Bethker

(c) Ministerio de Cultura 2006

der ninguno; de no, mañana me mataria su amo de V., porque él me pone todos los dias los chapines.

Currito iba á formular nuevas protestas, pero ella le impuso silencio con un ademan.

El jóven se entró por el sendero, trepó al árbol y cogió todos los huevos del nido, mas en su precipitacion no advirtió que habia dejado caer al suelo el dedo pequeño del pié izquierdo de Lindalina. Volvió á tomar la senda, que á medida que pasaba íbase inundando de nuevo, y pronto estuvo al lado de su protectora.

—¿Y mis dedos?

—Aquí están.

—Vaya V. dándomelos.

La hermosa se fué colocando los dedos, pero como ya sabemos, faltaba uno.

—¡Cielos!—exclamó—¡me ha perdido V.! El castellano me matará.

—¡Por todos los santos de la corte celestial!—exclamó á su vez Currito azorado;—¿tiene V. un corta-plumas?

—¿Para qué?

—Para cortarme el dedo que á V. la falta y....

—Pero ¡insensato! ¿Cómo quiere V. que me venga bien? ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Morir tan jóven!

—Su padre de V. no será tan bruto.

—No es mi padre, sino mi tutor y quiere casarse conmigo.

—¡No miéntras yo viva!—exclamó Currito con ímpetu.

—Pierda V. cuidado, ántes moriré.

—Pero ¿qué hacer?

—Por hoy nada. Vuelva al castillo, acuéstese, mañana, ántes de ser de dia, ensille la yegua que está en la cuadra y venga á buscarme á este sitio. Abandonaremos este país para siempre.

Currito tomó una de las manos de la hermosa y la cubrió de besos.

En el castillo se repitió la escena de las noches anteriores. El hombre verde estaba desesperado de la exactitud y buena maña de Currito.

—Mañana—le dijo—ántes de irme de caza te diré lo que tienes que hacer.

—Pero que no sean fruslerías, señor. Piense usía en un trabajo serio y trascendental.

El castellano le miró con ojos de basilisco y se fué á dormir.

VIII

Mucho ántes de ser de dia, el jóven ensilló la yegua, que se habia vuelto mansa como un borrego, y fué á la orilla del lago, en donde ya le aguardaba Lindalina con un sombrero de viaje que era una maravilla. Montaron ambos y partieron como una flecha. Al dia siguiente, á la una de la tarde, estando tomando un refrigerio en un ventorrillo, oyeron un gran ruido y vieron á lo léjos una nube de polvo.

—¡Por los doce Apóstoles!—exclamó Currito—¡estamos perdidos; el amo se aproxima con un escuadron!

—¡A caballo!—dijo Lindalina.

Salieron á escape, pero los perseguidores iban ganando terreno.

—Meta V. la mano en la oreja derecha de la yegua—mandó la bella fugitiva.—¿Qué ha encontrado V.?

—Una rama seca.

—Arrójela por detrás de su hombro izquierdo.

Currito obedeció, y ¡cuál fué su asombro! cuando vió surgir á su espalda un bosque tan espeso é intrincado que apénas daba paso á los reptiles.

—Ahora hemos ganado un dia—dijo Lindalina.—Aprovechémosle.

—¡Es V. la novena maravilla del mundo!—exclamó Currito dando un vigoroso espolazo á la yegua.

El hombre verde detenido en su camino por aquel obstáculo, mandó prender fuego á la selva; pero los arbustos eran muy nuevos y no ardian. Fué preciso derribarles á hachazos y en esto se invirtió mucho tiempo. Abierta una vía, continuó su persecucion á rienda suelta.

Al dia siguiente, como á las dos de la tarde, la fugitiva pareja, sin detenerse, aunque sí acortando el paso, restauraba sus fuerzas con un *rosbeaf*, y ántes de haber terminado volvieron á oir á su espalda el ruido siniestro, pero mucho más estrepitoso.

—Aquí están otra vez,—dijo Currito;—acabarán por alcanzarnos.

(Continuará)

UNA CONGOJA, cuadro por C. Karger

NOTAS DE MI VIAJE

EN TOLEDO

Ofrece por doquiera el mundo sobrenatural del arte á los que en él viven alejados del bullicio de la tierra, mil y mil inexplicables satisfacciones que en vano trataríamos de encontrar en la realidad, y á medida que más nos identificamos con sus imágenes, penetrando en su misterioso santuario, cada vez va aumentando la intensidad de nuestras impresiones hasta llegar un momento en que todo lo que para muchos pasa inadvertido ó desdeñado como insignificante, es para nosotros caudal riquísimo é inagotable tesoro de goces infinitos. El denso velo que oculta á las miradas de los profanos los rasgos de mística belleza, tan al vivo reflejada en los rostros de las Vírgenes del siglo XV, y que por consiguiente dejan de apreciar, no existe para nosotros que siguiendo anhelantes las débiles huellas del cincel del entallador sobre el alabastro ó el mármol, encontramos al fin latente el espíritu creador que animó aquellas pupilas bajo los entreabiertos párpados, al tiempo que dejaba impresa eternamente en los finísimos labios la inefable sonrisa, reflejo de las almas puras. Parécenos entónces que nuestro sér confundiéndose con el poderoso aliento que dió vida á la imágen, participa de aquel reposo y serenidad que la animara, estableciéndose estas misteriosas corrientes que nacen de un mismo pensamiento, de un mismo anhelo y de idénticas esperanzas. Desdichados quienes sonrien indiferentes al advertir nuestro entusiasmo, que no llegarán nunca á apreciar tales íntimos goces, y cuando sientan su pecho herido por el inexorable azote de la desgracia, cuando vean rodar en una hora sus más caras ambiciones, resultado del trabajo de muchos años, cuando sientan desaparecer para siempre sus sueños de gloria y poderío, no tendrán refugio alguno donde acudir, ni hallarán tampoco lenitivo á sus amarguras, único fruto que produce la semilla de tantos desvaríos. ¿Cómo ha de hablarles á su corazon la soledad de los claustros, el sombrío ámbito del templo, la inerte estatua, la luz de solitaria lámpara alumbrando las divinas efigies ó el incienso que asciende al cielo entre las armonías del órgano y los acentos de las plegarias? ¿Cómo tampoco han de sorprender en el reposo de la noche los tristes gemidos de las generaciones pasadas que se escuchan en el confuso monton de osamentas y polvo? Y ¿cómo por último, encontrarian la perdida calma, vagando por los campos ó entre los hacinados escombros de las ruinas? Inútil por completo que vuelvan los ojos á estos testimonios mudos para ellos; cada vez les será más odioso su aislamiento, mayor su pesadumbre.

Tan íntima, tan profunda era mi dicha la tarde inolvidable pasada en San Juan de los Reyes, encontrábame tan bien en medio de aquel mundo de arte abismado en estos pensamientos, que á veces creia escuchar los latidos del corazon respirando ansioso en aquella atmósfera formada al calor de tantos históricos recuerdos. Poco á poco á través de las tracerías de piedra de las ojivas, bajo las sombras de doseletes y marquesinas, de los oscuros ángulos del patio, por todas partes parecióme ver surgir como confusa vision sin formas ni contornos primero, y más determinados despues, mil y mil mudos espectros cubiertos de cenicientos hábitos, otros con la régia púrpura, algunos vistiendo relucientes arneses y formando todos maravilloso conjunto imposible de expresar. Momentos ántes acababa de reconstruir con la mente todo el esplendoroso período musulman despues de contemplados los reflejos de su arte en los muros de Santa María la Blanca y del Tránsito y entónces aquellas imágenes se unieron y juntaron con las demás, acudiendo á mi cerebro los preclaros dias de Alfonso el Sabio, de Pedro el Justiciero, de don Juan II y de Enrique IV, evocando tras ellos, rodeada de los resplandores de una gloria inmortal, la gigantesca figura de Isabel I.

Entregado á mis meditaciones me olvidaba por completo del mundo exterior, parecíame sentir en torno mio el mismo espíritu de aquel siglo que libertó al pensamiento de su ominoso yugo, que tendiendo su mirada á través del inmenso Océano llevó á cabo la más grandiosa de las epopeyas humanas coronando al mismo tiempo las torres y alminares de la Alhambra con los pendones de Castilla y Aragon. Testimonio elocuentísimo de aquel poderoso aliento que influyó en todas las esferas y del singular auge que alcanzaron nuestras artes, es el monumento que contemplaba levantado para conmemorar la victoria obtenida en los campos de Toro sobre los portugueses defensores de los derechos de doña Juana la Beltraneja. El desastre de Aljubarrota era vengado con creces por el valor castellano en esta jornada y la piedad de la Reina Católica manifestábase al Altísimo erigiéndole un templo que acreditase para siempre su profundo agradecimiento.

Motivo de gran júbilo fué para la imperial Toledo el triunfo de sus monarcas, viniendo á aumentar la alegría y regocijo de todos los pechos, la fausta nueva de la llegada de los reyes victoriosos que venian á dar gracias al Señor de los ejércitos por la felicísima terminacion de aquella lucha, que aseguraba para siempre la corona de Castilla en las sienes de su excelsa soberana.

Toledo desplegó con tal motivo toda la pompa é inusitado lujo que le sugeria su férvido entusiasmo y las casas y palacios de sus magnates ostentaban los más ricos ornatos, así como las filigranadas tracerías de las monumentales portadas de iglesias y conventos hallábanse casi oculta

(c) Ministerio de Cultura 2006

por los terciopelos franjados de oro y los damascos de mil colores. Por todas partes brillaban las notas de las alcatifas de la India y sobre el fondo claro de las telas de sarsafan y los brocados moriscos con sus elegantes axaracas resaltaban los enormes escudos de pizarra orlados de pomposos lambrequines.

Por las puertas de la ciudad derramábase hasta la llanura inmensa muchedumbre, más alegre aún por gozar en aquel dia último del mes de enero de 1476, de la temperatura tan apacible como desacostumbrada que producia el sol espléndido alumbrando á la sazon á la regocijada ciudad.

Seria sorprendente espectáculo el producido por la multitud con sus abigarrados trajes en que se mezclaban y confundian los de los menestrales cristianos con los de los judíos, mudejares y conversos, las mujeres del pueblo, con los hábitos de los religiosos, los soldados con relucientes cotas y empenachados bacinetes, con los pajecillos que apartaban las gentes para dejar paso á algun rico-hombre cabalgando en brioso corcel, cubierto de ricas gualdrapas, con infinitos borlones de roja sedería, miéntras que por otro lado heraldos y maceros precedian el Regimiento de próceres toledanos representantes de la ciudad, con sus blasonados pendones enhiestos sobre las picas y lanzas de las milicias, bizarramente ataviadas. Llegaron los monarcas hasta las puertas de las murallas seguidos de los más poderosos magnates vencedores en Toro y en Zamora, rodeados por la multitud que se agolpaba á su paso vitoreándoles y aclamándoles con extraordinario entusiasmo. Los gritos arrancados de todos los leales pechos, la alegría pintada en los rostros, el vertiginoso movimiento de tantos séres pugnando por acercarse á la régia comitiva, el bélico y estruendoso ruido de las trompetas, las reverberaciones del sol sobre los bruñidos arneses, los penachos de los yelmos y de los testuces de los caballos ondeando incesantemente, el brillo de los brocados y los mil acordados instrumentos que celebraban la fausta victoria y la régia entrada; producirian á no dudarlo, uno de esos maravillosos cuadros que tan frecuentemente nos ofrece la Edad media con sus triunfos, sus glorias, sus héroes y sus grandezas.

Habíanse dispuesto para solemnizar este acontecimiento numerosas cuadrillas de *danzadoras y cantaderas* (1) que en presencia de los reyes lucieron su destreza y habilidad, miéntras que la multitud alborozada repetia aquel cantar con que fué saludado Fernando V al pisar el suelo castellano.

Flores de Aragon
Dentro en Castilla son:

(1) A. de los Rios. Monumentos arquitectónicos de España.

EL POPULAR COMPOSITOR C. LECOCQ

Y los niños, dice un escritor coetáneo (2) narrando aquel suceso, tomaban pendoncitos y caballeros en cañas jineteando decian: «¡Pendon de Aragon! ¡Pendon de Aragon!»

Así entraron los Católicos monarcas por la famosa puerta de Visagra saludados por las descargas de los espingarderos, que oscurecian el cielo con las nubes del humo de la pólvora, llegando hasta la plaza de Zocodover y de allí por las Cuatro Calles hasta la soberbia basílica donde eran recibidos por el Arzobispo, Dignidades y toda la clerecía que les acompañaron hasta el altar mayor, donde con profundo recogimiento dieron gracias al Altísimo por las mercedes recibidas, volviendo á aposentarse al alcázar.

Dos dias andados, el 2 de febrero, otro grandioso espectáculo estaba reservado para los moradores de Toledo. Los Reyes Católicos acordaron ir á depositar ante la tumba de don Juan I, vencido por los portugueses, las riquísimas preseas hechas en la jornada de Toro, en que segun el decir del escritor coetáneo arriba citado «ovieron gran despojo e presa el rey don Fernando é los suyos de caballos e armas e prisioneros e oro e plata e ropa y otras muchas cosas» (3). De este modo vindicando la memoria del desastre primero, parecian llevar la paz á aquel sepulcro, donde acaso se escucharian en el silencio de la noche gemidos de dolor recordando á Aljubarrota.

(2) Andrés Bernaldez. Crónica de los Reyes Católicos. Tom. 1.º cap. VII.

A hora próximamente de las nueve, acompañados de la misma pompa y ostentacion que en el de su entrada, dirigiéronse todos á la Catedral, en medio de un numerosísimo concurso que se agolpaba á las calles del tránsito. «Vestian ambos magníficos trajes: ostentaba en especial la Reina un suntuoso brial de brocado blanco, salpicado de castillos y leones de oro, y pendia de su cuello un rico aderezo de hermosas piedras balajes brillando la del centro por su extremada magnitud, á que añadia no poca estima la creencia de haber pertenecido al rey Salomon, segun parecia revelar una leyenda que la rodeaba. Una corona de oro sembrada de piedras preciosas ceñia su frente, cayendo sobre sus hombros vistoso manto de armiños que recogian tras ella dos gallardos pajes en cuyo pecho lucian las armas de Castilla.» (4)

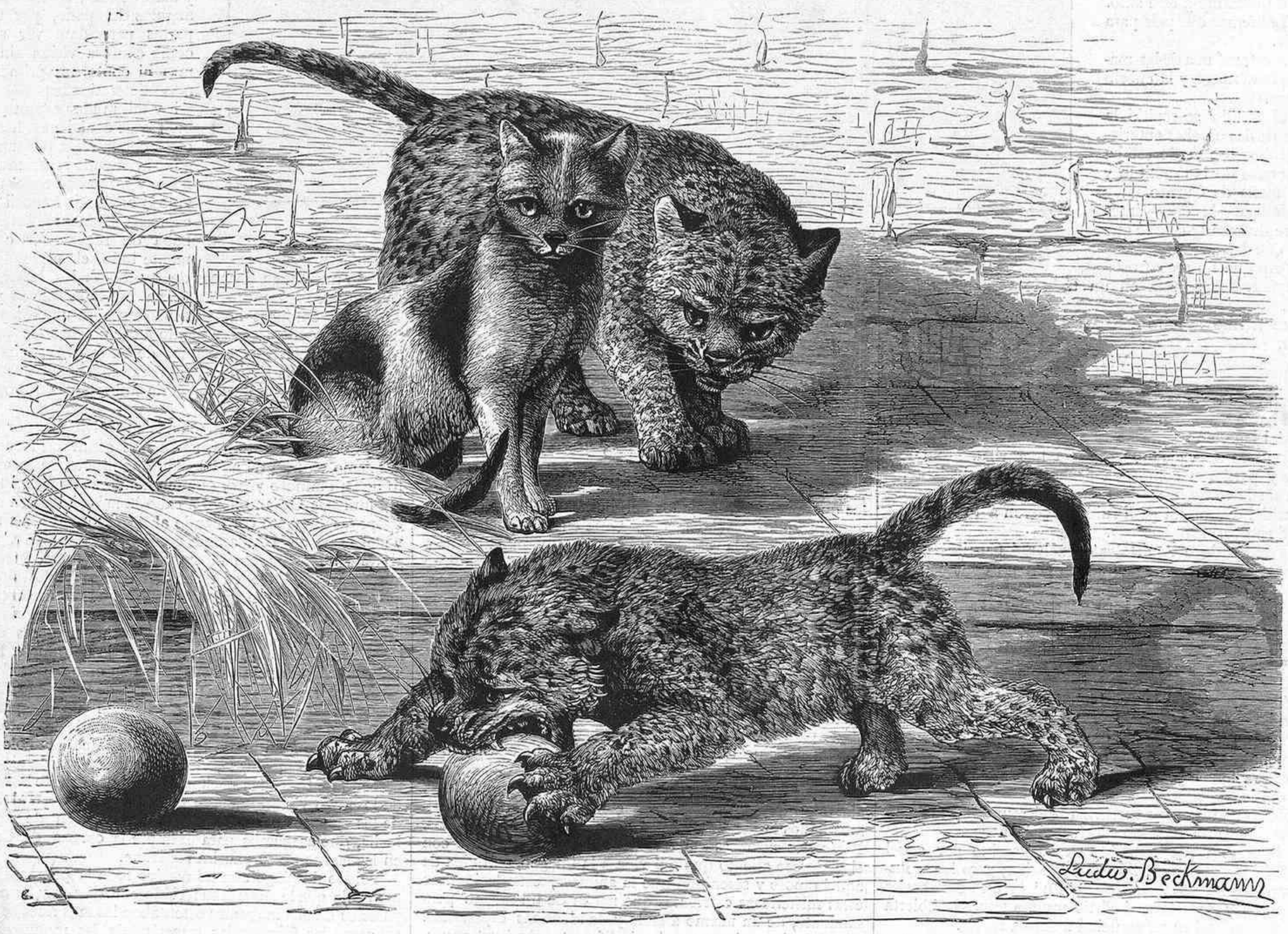
Despues de los trompeteros que abrian la comitiva, iban enhiestas las banderas reales y las de los magnates que asistieron á la batalla de Toro, despues el arnés del alférez Duarte de Almeida á quien el intrépido Pedro Vaca consiguió arrebatarlo, no sin que aquel lo defendiese despues de perdido el brazo derecho, con el izquierdo, y cuando le faltaron ambas manos asióle con los dientes apretadamente hasta extinguirse su vida (5). Tras dicha armadura las banderas portuguesas inclinadas hácia el suelo. Una vez ante el sepulcro de don Juan I, hecha oracion, quedaron allí depositadas las banderas y armadura, en la llamada hoy capilla de los Reyes Nuevos, donde todavía puede verse el enmohecido arnés pendiente de la bóveda.

Todo este cúmulo de gloriosas fechas, prósperos sucesos é inmortales nombres tienen forzosamente que acudir á la cabeza de quienes por vez primera recorren los desiertos claustros, los abandonados aposentos y aquel maravilloso templo hoy desmantelado y triste. Consecuencia de un voto ofrecido á la Divinidad fué la ereccion de esta singular fábrica, bastante ella de por sí para expresar el espíritu religioso de aquella centuria y el adelanto en todas las esferas del arte que entónces recibieron sobrenatural impulso.

JOSÉ GESTOSO Y PEREZ

(Continuará)

(3) A. Bernaldez, Ibid.
(4) Amador de los Rios: Monografía de San Juan de los Reyes arriba citada.
(5) Lafuente. Hist. de España.



Cachorros de pantera del Jardin zoológico de Dusseldorf criados por una gata

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON

(c) Ministerio de Cultura 2006